



*Anna  
Casánovas*

La Hermandad del Halcón

PERDIDO

Henry Tinley se despierta sin memoria. El único recuerdo que tiene es el de la pasión que compartió con aquella hermosa mujer... Por ella, y para recuperar la memoria, está dispuesto a todo, incluso confiar en aquellos que insisten en que él era un espía.

Eleanor Fordyce ya perdió a Henry una vez y no sabe si podrá soportarlo una segunda. Pero el hombre que está ahora en su casa es distinto del que la abandonó en Escocia: está desorientado y, al parecer, la única que puede ayudarlo a recuperar su identidad es ella, su esposa.

Juntos investigan el pasado de él, y cuanto más averiguan, más temen que Henry Tinley no fuese lo que aparentaba. ¿Podrá Henry convencer a Eleanor de que lo único que siempre ha sido verdad es el amor que siente por ella?

*Para Marc, Ágata y Olivia.*

## Prólogo

*Cornualles, 1784*

Estaba oscuro y tenía mucho frío. Seguía empapado y le dolía la garganta de tanto gritar. La herida que tenía en la frente le había dejado de sangrar y probablemente el paso del tiempo ocultaría la cicatriz que sin duda le iba a quedar. Había dejado de llorar porque un oscuro presentimiento, nada propio de un niño de tres años, le había impulsado a callarse. El hombre que le sujetaba estaba muy nervioso y le zarandeaba cada vez que sollozaba. Montaban un caballo que había visto tiempos mejores, pero cuyos cascos repicaban con firmeza en mitad de la noche. La impaciencia y el cansancio del jinete no parecían afectar a su montura y el animal cabalgaba veloz por la costa de Cornualles.

Magnus Butler le clavó los talones en los flancos al vislumbrar las casas de Saint Yves en el horizonte. Butler no era un buen hombre, era sencillamente un hombre. Uno de esos que acceden a cometer las atrocidades de otros a cambio de unas meras monedas y de parte de su alma. Butler había robado, extorsionado y matado, pero nunca había hecho nada tan vil como el encargo que iba a concluir antes de que saliese el sol. Y no era consciente de que, al hacerlo, estaba firmando su sentencia de muerte.

Un último recodo y la pequeña colina en la que se erigía la mansión de los Tinley apareció ante sus ojos. Era una construcción de piedra gris claro que en otras circunstancias no habría captado su atención, pero las instrucciones

que había recibido eran muy precisas; allí vivían el barón Tinley y su esposa, uno de los matrimonios más ricos de toda Inglaterra. La mansión tenía tres pisos y el tejado negro se confundía con el velo de la noche. Las ventanas estaban todas cerradas excepto una, y cuando Butler desmontó, vio cómo la figura que esperaba tras las cortinas se ponía en movimiento.

La puerta principal se abrió y del interior de la casa salió un hombre de unos treinta años seguido de una mujer algo más joven. El hombre iba vestido con una camisa blanca y unos pantalones de lana que podrían servir para salir a pescar, y la mujer se abrigaba con un chal de lana violeta pálido. A ambos se les iluminó el semblante en cuanto vieron lo que Magnus Butler llevaba en brazos.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó con ansia la mujer. Estaba temblando y se mordía nerviosa el labio inferior.

—Todo está resuelto —le dijo el hombre a Magnus—. Puede dejar al niño y seguir su camino.

Él asintió y le entregó el pequeño a la mujer, que, sin darse cuenta, se le había acercado.

—Ve con cuidado, Luisa. —El hombre cambió de tono para dirigirse a su esposa.

—Es tan pequeño —susurró ella—. ¿De verdad podemos quedárnoslo? —Las lágrimas que tenía en los ojos y un nudo en la garganta le quebraron la voz.

—De verdad, cariño. —La rodeó con los brazos y le dio un beso en la cabeza. Después, miró al niño unos segundos—. Es nuestro hijo.

—No olviden las condiciones del acuerdo —les recordó Magnus colocándose bien el abrigo, ahora que ya no llevaba sujeto al crío—. Si alguien...

—Nadie sabrá jamás la verdad —lo interrumpió el barón Tinley—. Henry nació enfermo cuando estábamos de viaje por el continente y por eso no se lo contamos nunca a nadie, ni siquiera a nuestra familia. Estos tres años ha estado

en un hospital en Suiza y se ha recuperado milagrosamente.

—Exacto, milagrosamente —subrayó Magnus—. Procuren que nadie se entere nunca de que puedo hacer milagros.

El barón iba a preguntarle a aquel rufián quién se había creído que era para ponerlo en cuestión, pero su esposa se le adelantó.

—Henry es nuestro hijo. Siempre lo ha sido y siempre lo será —sentenció, mirando a Magnus directamente a los ojos.

Él le aguantó la mirada y, tras unos segundos, asintió y se dirigió de nuevo hacia su caballo. Este estaba atado a un poste en la entrada del jardín y parecía recuperado de la cabalgata. La puerta de la mansión seguía abierta, y el matrimonio estaba de pie contemplando al niño que acababa de entregarles. Era como si tuvieran miedo de moverse, como si temieran que el pequeño fuese a desaparecer.

—¿Quieren saber cómo se llama? —preguntó de repente, mirándolos por encima del hombro.

Los grillos dejaron de chirriar y los pájaros que empezaban a despertarse interrumpieron sus trinos. Incluso el sol esperó atento la respuesta de uno de los Tinley.

—Se llama Henry —afirmó el barón—. Henry Tinley.

Butler reanudó la marcha y montó en su caballo. E incluso él se olvidó del nombre del niño. Ahora lo único que le preocupaba era cobrar su parte y celebrar que era un hombre rico. Tenía que reunirse con quien le había encargado ese trabajo en una taberna a medio camino de Londres. En El Cisne Negro servían buena cerveza y mala comida, pero las doncellas sabían cómo compensar a sus clientes. Magnus casi podía saborear ya la cerveza en sus labios, sentir a una de esas doncellas moviéndose encima de él. Se inclinó sobre la crin del caballo y aceleró la marcha. Sí, con lo que estaba a punto de cobrar, podría pasar meses, quizá incluso años, sin trabajar.

Dos noches atrás, cuando aquel tipo encapuchado se le acercó en el puerto, pensó que le estaba tomando el pelo, y había estado tentado de matarlo. No le habría resultado difícil, pensó, él era mucho más alto y corpulento que el encapuchado y, además, este seguro que estaba enfermo, a juzgar por aquel rostro tan deforme. El sol empezó a insinuarse en el horizonte y Butler agradeció el calor de sus rayos. Aquel iba a ser un gran día. Cuánto se alegraba de no haber matado al tipo. El encargo había resultado ser de lo más inofensivo; llevar a un niño a Saint Yves.

Al parecer, el barón y la baronesa Tinley no habían recibido la visita de la cigüeña, y lord Tinley, haciendo gala de unos sentimientos insólitos entre la nobleza y en la mayoría de los hombres que Magnus conocía, incluido él mismo, no había querido buscar a su heredero en el lecho de otra mujer. Por suerte para todos los implicados, el barón, además de un profundo sentido del honor y la fidelidad, poseía una enorme fortuna, y por lo visto había comprado el niño de algún pobre desgraciado. Magnus no tenía ni idea de dónde había salido el crío, y la verdad era que ni siquiera se lo había cuestionado, y que tampoco quería saberlo, pero sí había sentido curiosidad por saber su nombre, y el tipo del rostro deforme se lo había dicho.

Magnus había negociado un precio exorbitante, teniendo en cuenta la magnitud del encargo, pero su cliente lo había aceptado, así que, después de cobrar la mitad por adelantado, cogió al pequeño y partió rumbo a Cornualles.

El niño estaba ya en el seno de la familia Tinley, y él había repetido la frase que el encapuchado le había ordenado que trasladase al barón. Lo único que le faltaba por hacer era cobrar el resto.

La taberna El Cisne Negro estaba algo apartada del pueblo más cercano para que su propietario, un orondo mesonero, no tuviese que soportar las visitas airadas de las esposas de

sus clientes. El Cisne Negro solía recibir a gente de la peor calaña, así como también a algún viajero despistado. Allí habían comido y dormido campesinos, ladrones, pescadores, asesinos y hombres de Dios. Algunos habían vuelto, otros no, pero todos, absolutamente todos, recordaban su estancia allí y los seductores encantos de Analía. Esta poseía un poder comparable al de un encantador de serpientes, y una belleza tan terrenal como perturbadora. Ningún hombre podía estar en la misma habitación que ella e ignorarla, ningún hombre excepto el que estaba sentado a la mesa que quedaba medio oculta junto a la escalera. Ese había visto a Analía y la había olvidado. Quizá cualquier otro día le habría preguntado cuánto valía una hora de su compañía y se la habría llevado a una habitación durante un rato. Seguro que ella le cobraría el doble, todas lo hacían después de ver su rostro. Y eso que nunca les mostraba el resto de su cuerpo. Si cualquiera de las meretrices con las que se había acostado en los últimos años viera el monstruo que las había poseído tan vigorosamente desde atrás, vomitarían. O le cobrarían el triple. Sonrió para sí mismo y decidió que, cuando hubiese terminado con aquel asunto tan desagradable, regresaría para visitar a Analía.

Cómo había podido ser tan estúpido. El no cometía errores de ese tipo. Ya no. Sacó la navaja y peló la manzana, lo único que era comestible de la comida que había pedido. Ninguno de los otros clientes se percató de que era un utensilio demasiado afilado y peligroso para tal menester. «Claro —pensó—, ninguno me ha prestado la menor atención. Todo cambiaría si me quitase la capa».

Notó una ligera corriente de aire y levantó la vista. Magnus Butler, su cabo suelto, acababa de entrar. El muy idiota le sonrió al verlo y levantó una mano para saludarlo. Butler caminó hacia él, se detuvo para mirar a Analía —obviamente— y para pedir que le sirviesen una jarra de cerveza —también previsible.



—¿Ha traído el resto del dinero? —le preguntó Magnus nada más sentarse.

—Por supuesto —respondió él—. Me alegra ver que no ha tenido ningún imprevisto.

—Ya le dije que no habría ningún problema.

—Así es. —Ensartó un pedazo de manzana con la daga—. ¿Y le ha trasladado mi preocupación a la otra parte?

—Sí, le he repetido la frase al barón, tal como me ordenó. —Magnus se quitó los guantes y dejó al descubierto unas manos perfectas. Una doncella se acercó con la comida y la bebida que había pedido y lo dejó todo encima de la mesa. El sujetó a la joven por la cintura y se la sentó en el regazo.

—Señor Butler —dijo el otro hombre—, creo que será mejor que deje las diversiones para más tarde. Todavía tenemos asuntos que tratar.

—Por supuesto. —Levantó a la muchacha, sin dejar escapar la oportunidad de tocarle las nalgas—. Nos vemos luego, princesa.

La joven le guiñó un ojo y se fue a servir otras mesas. Los dos hombres se quedaron en silencio unos minutos y Magnus aprovechó para saciar el hambre y la sed que llevaban horas asediándolo.

—Si ha terminado, podría acompañarme a mi habitación, allí concluiremos nuestro negocio.

El resto de los clientes de la taberna parecían ocupados con sus cosas, pero seguro que si aparecía una bolsa de monedas de oro se fijarían en ella. Pero no iba a aparecer ninguna, la única recompensa que Magnus Butler iba a llevarse por su trabajo era una daga clavada en alguna parte del cuerpo. Quizá no lo mataría si no supiese el nombre del niño que les había entregado a los Tinley. No, lo mataría igualmente. Lo mataría porque tenía unas manos perfectas y porque tanto Analía como la otra camarera le habían sonreído.

Ajeno a lo que le esperaba, Magnus se puso en pie y se encaminó hacia la escalera que conducía a las habitaciones que la taberna alquilaba a sus clientes. Subió los escalones primero, con el otro hombre detrás, sin quitarse la capa ni los guantes. Aquel tipo le ponía los pelos de punta, pero supuso que podría tolerarlo un poco más a cambio del dinero que iba a pagarle. Llegaron al pasillo de vigas de madera y el encapuchado señaló la segunda puerta a la izquierda. Se detuvieron delante y el hombre la abrió con la llave de hierro que unas horas antes le había entregado el posadero.

—Adelante —le dijo a Butler y cerró la hoja de madera tras ellos.

Magnus se acercó a la ventana y oyó el distintivo ruido de una pesada bolsa de cuero al ser arrastrada por el suelo. Quizá debería volverse y ofrecer su ayuda, pero justo cuando ese pensamiento le cruzaba por la mente, un brazo sorprendentemente fuerte le rodeó el cuello y notó la afilada punta de una daga. No tuvo tiempo de preguntarse qué sucedía; la hoja le degolló y la sangre empezó a resbalarle por la garganta. Se desplomó en cuestión de segundos y cayó encima del fardo que había desplegado el otro hombre.

Con una sonrisa, el encapuchado se agachó junto al cuerpo sin vida de Magnus Butler y limpió la daga con un extremo del extenso retal de cuero. Envolvió al cadáver y luego lo ató con unas cuerdas; sus movimientos eran mucho más ágiles y precisos de lo que habría creído cualquiera que lo hubiese visto comiéndose la manzana en la taberna. Cuando se sintió satisfecho con el resultado, se puso en pie e inspeccionó la habitación en busca de cualquier cosa que pudiese delatarlo. Encima de la mesilla de noche había dejado la caja con las tarjetas que le había regalado Mercedes. Cuando se las dio, le parecieron horribles, el dibujo recordaba los ojos de un insecto. Las habría tirado, pero ella lo convenció de que se las quedase. Podía dejarlas allí, na-

die sabría a quién pertenecían. Su nombre no figuraba en ninguna parte.

Levantó el cadáver de Butler y se lo echó en el hombro. En el otro llevaba las alforjas del caballo que tenía esperándolo en la cuadra. Saldría por la puerta trasera y se desharía del cuerpo cerca del río; seguro que nadie echaría de menos a un delincuente de poca monta. Sonrió una vez más y abrió la puerta para inspeccionar el pasillo. No había nadie. Era una lástima que no pudiera quedarse a ver las primeras escenas del drama que había puesto en marcha, pero volvería a tiempo para el acto final. En un gesto impulsivo, cogió la cajita de las tarjetas. Sí, seguro que encontraría el momento perfecto para empezar a utilizarlas.

# Capítulo 1

*Cornualles, quince años más tarde...*

El barón y la baronesa Tinley habían envejecido prematuramente por culpa de su hijo, a pesar de que ninguno de los dos querría imaginarse la vida sin él. Ese día Henry cumplía dieciocho años y sus padres le habían organizado una cena de gala a la que él no se había dignado asistir. A medianoche, y después de despedir a todos los invitados, que educadamente fingieron no darse cuenta de que el homenajeadado no estaba, Gareth Tinley fue en busca de su esposa.

El barón tenía más de cincuenta años y el porte de un hombre mucho más joven. Era aficionado a la esgrima, gran amante del mar y se había casado con la única mujer capaz de entenderle, Luisa Dickinson, la hija del médico local. Por suerte para Gareth y para ella, los Tinley eran una familia extravagante que creía en el amor, y el hecho de que tan solo poseyeran una baronía, junto con unas arcas muy repletas, les permitió casarse. Al principio, el destino no quiso regalarles la felicidad completa, y pasaron años sin ser padres; Luisa se sentía muy culpable, y Gareth le repetía incesantemente que no le importaba. Después de presenciar el sufrimiento de ella tras perder a su segundó bebé, se resignó a no tener hijos. A él le bastaba con Luisa, pero su bella esposa quería ser madre, así que Gareth decidió que haría todo lo necesario para que pudiera conseguirlo.

Una noche, quince años atrás, su abogado lo citó en su despacho para decirle que sabía de alguien que, a cambio

de una generosa suma de dinero, y del más absoluto secreto, les entregaría a un niño de tres años. Aunque en aquel instante quiso saltar de alegría, Gareth se aseguró de hacer las preguntas necesarias acerca del pequeño; sabía que ni él ni Luisa se perdonarían jamás robarle el hijo a una mujer indefensa. Pero el abogado le contó que el niño había perdido a sus padres en un accidente y que no tenía familia. Al parecer, se había hecho cargo de él la doncella de la señora, pero la joven había encontrado trabajo con otra familia y no podía seguir cuidándolo. El niño estaba ahora con un primo de esa doncella, un tal Magnus Butler, que se lo llevaría personalmente a su casa si accedían a depositar la cantidad acordada en un banco de Londres.

Solo había dos condiciones, además de cumplir con el pago: el barón y la baronesa tendrían que hacerle creer a todo el mundo que el niño era suyo, y jamás podrían contarle a nadie la verdad. Si lo hacían, alguien sacaría a la luz pruebas de la «compraventa» y los dos acabarían en la cárcel.

Gareth Tinley le contó todos los detalles a su esposa, y juntos decidieron aceptar el trato. Y cuando vieron a Henry, supieron que habían tomado la decisión correcta.

—Sabía que te encontraría aquí —le dijo Gareth a Luisa, al verla sentada en el banco de piedra que daba al mar.

La mansión que los Tinley tenían en Saint Yves poseía un magnífico jardín trasero que se extendía hasta la costa. En él había un par de bancos rodeados de arbustos de lavanda, donde Luisa solía ir a sentarse para leer o sencillamente, para pensar, como decía ella.

—Sí, hace una noche preciosa —dijo su mujer mirando las estrellas.

Luisa era ocho años más joven que su esposo y, mientras este tenía ya mechones plateados, ella seguía luciendo una melena oscura como la noche. Tanto Luisa como él tenían el pelo muy negro, igual que Henry, y todo el mundo decía que el barón y su hijo poseían idénticos ojos grises,

algo que nunca había dejado de sorprender a Luisa. Ella sabía mejor que nadie que por las venas del niño no corría ni su sangre ni la de Gareth, así que era imposible que Henry hubiese heredado esos rasgos de su padre; pero había decidido que era una señal que les había mandado Dios para decirles que le parecía bien que fuesen sus padres. Porque lo eran. Pasara lo que pasase, ellos dos eran los padres de Henry.

Gareth se sentó a su lado y le colocó un chal sobre los hombros. Lo había cogido antes de salir de la mansión, al ver que refrescaba.

—Hoy cumple dieciocho años —dijo—, ya sabíamos que quizá no vendría.

—Nunca le ha gustado cumplir años —sonrió Luisa—. Quizá sea porque, en el fondo, sabe que no es verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Tú y yo decidimos que celebraríamos su cumpleaños el día que llegó a nuestras vidas, pero en realidad no sabemos cuándo nació de verdad. —Igual que siempre que hablaba de ese tema, una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Pero sabemos muchas cosas —le recordó Gareth, cariñoso, secándole la lágrima con el pulgar—. Sabemos cuándo aprendió a montar a caballo; el día que fue al colegio por primera vez, y el día en que te llamó «mamá». Por ejemplo.

Luisa sonrió y siguió con la lista:

—Y también sabemos cuándo se rompió la pierna por tratar de montar aquel potro salvaje, el día que regresó después de pasar una semana «pescando» en Escocia, y el día que tuviste que ir a Londres a buscarlo antes de que lo arrestasen. Acaba de cumplir dieciocho años y ya ha cometido más locuras que tú y yo en toda nuestra vida.

—No sé, Luisa, todavía me acuerdo de aquella vez que te subiste al tejado de...

—¡Oh, cállate, Gareth! Ya te dije que fue un accidente.

—Cariño, cuéntame qué es lo que te preocupa de verdad. Los dos sabemos que Henry es demasiado temerario para su propio bien, y para el de los demás, pero es joven y está buscando su lugar en el mundo.

Ella se quedó unos minutos en silencio y luego se dirigió a su esposo.

—¿Y si nos equivocamos? ¿Y si hubiese sido más feliz con el hombre que nos lo trajo?

—¿Con ese delincuente? Luisa, mi amor, Henry no habría sido más feliz con nadie. Tú eres su madre. No, no me lo discutas. Henry es feliz, solo está algo confuso. —Gareth se agachó un poco y besó a su esposa en los labios. Cuando su hijo apareciese, más le valdría tener una muy buena excusa.

Henry estaba en la cárcel. Era su maldito cumpleaños y estaba en la cárcel. Sus padres lo matarían si llegaban a enterarse. Cuando llegaran a enterarse, se corrigió mentalmente. Se negaba a morir allí, y mucho menos con tan solo dieciocho años. Tenía mucho que hacer; desde muy temprana edad, tenía el horrible presentimiento de que se le estaba acabando el tiempo, pero nunca se había imaginado que tuviese tan poco. Henry sabía que sus padres se preocupaban por él y, en un par de ocasiones, se había planteado cambiar de manera de ser y tratar de controlarse un poco, pero le resultó imposible. Oyó unos pasos y se llevó una mano a la sien. Tenía la frente hinchada, pero no encontró ni rastro de sangre. ¿Cómo había llegado allí exactamente? Cerró los ojos y trató de recordar los acontecimientos que habían concluido con él encerrado en una inmundada celda.

Iba de regreso a Saint Yves, su madre había organizado una cena para celebrar su cumpleaños y él no quería perdersela. Normalmente, prefería ir a caballo, pero el mal tiempo lo había llevado a decantarse por uno de los carruajes que mensualmente hacían el recorrido de Penryn a Saint